

MÉDICO.—Ni tanto así... Y mire usted que pocas veces se da este caso... Diariamente estamos haciendo autopsias, y en individuos mayores de cuarenta años siempre encontramos, cuando menos, grietecillas, por donde empieza á cuartearse el edificio. El que no tiene una predisposición tiene otra; la vida nos gasta á todos; el oleaje siempre se lleva partículas de la roca, hasta que la destruye; sólo que para acabar con la roca se necesitan siglos, y para acabarnos á nosotros... ¡pss!

AMIGO PRIMERO —¿Pero han hecho ustedes una autopsia... en regla, formal?

MÉDICO.—¡Formalísima... minuciosa! Nos picaba la curiosidad y nos entregamos por gusto á una apasionada exploración. No quedó sitio que no registrásemos: riñones, bazo, pulmones, estómago, hígado, cerebro, fueron visitados escrupulosamente. ¡Qué limpios, qué intactos los encontramos! ¡Daba gloria! Inverosímil, créalo usted, atendida la edad no proveya, pero sí madura, de ese señor.

AMIGO PRIMERO (*insistiendo*). —De modo que el hígado, el estómago, etc..., ¿á las mil maravillas? ¿Y el corazón? ¿No dice usted si el corazón?...

MÉDICO.—¡Ah! El corazón... En reserva... Yo también creí, dado lo súbito del fallecimiento, que se trataba de un aneurisma... Grande fué mi sorpresa al notar que tampoco el corazón presentaba lesión alguna. Sin embargo, al llegar al centro mismo del órgano, vimos... En confianza... No lo repitan ustedes... Porque no nos

lo explicamos; ningún compañero mío se lo explica...

AMIGO PRIMERO.—¿Qué, qué había?

MÉDICO.—Algo muy extraño... Un gusanillo pequeñísimo, escondido, cobijado, encerrado y domiciliado allí, que se dedicaba á roer su madre...

XXI

Diálogo

ROSALBA.—¿Cómo te gustaría á tí que fuese? ¿Rubio, pelicastaño, ala de cuervo sombrío?

AURINA.—Ninguno de esos pelos.

ROSALBA.—¿Rojo? Es de traidores...

AURINA.—Hay traidores de todos los pelajes.

ROSALBA.—Entonces, ni rojo, ni rubio, ni... ¿Entonces?

AURINA.—¿Entonces? Gris, y si puede ser blanco, ¡mejor!

ROSALBA.—¡Gris! ¡Blanco! ¿Para enviudar pronto?

AURINA.—Justamente. Ese rasgo de penetración me prueba que vas despabilándote un poco. Porque ¡cuidado que eres simplaina tú!

ROSALBA.—Muchísimo. Ya hago lo posible por adquirir malicia; pero genio y figura...

AURINA.—Pues, chúpate el dedo y verás el camino que llevas. Mira, las de tu calaña me

exasperan á mí. ¿Qué te propones en el mundo?

ROSALBA.—¿Y tú?

AURINA.—¡Me gusta! ¿Qué he de proponerme? Al nacer, nos meten en la mano el limoncillo de la vida. Estrujarlo, hija, á ver qué sabor tiene el zumo.

ROSALBA.—Agrío. No: amargo. ¡Amargol

AURINA.—Porque no sabes echarle azucarillo.

ROSALBA.—Echale cuanto azúcar quieras, un tinajón de melaza; entre el empalago ha de sobresalir, siempre y por ultimo, la amargura.

.....
Aurina no contesta; se levanta y se mira al espejo; sonríe á su imagen, se atusa el pelo que lleva peinado en tejadillo saliente y bufante, estilo modernista, y se arregla los «chorritos» de gasa que adornan el delantero de su blusa azul, toda incrustada de medias lunas de encaje amarillento.

ROSALBA.—(benévola).—¿Qué haces, loquinaría?

AURINA.—Paso revista á la infantería, á la artillería y á la caballería.

ROSALBA.—¿Aquí? Aquí no hay batallas; ¿dónde está el enemigo?

AURINA.—Dice el Catecismo que los enemigos nos persiguen en todas partes. No veo por qué dejarían de perseguirme en esta casa.

ROSALBA.—Aquí no hay más que una amiga que te quiere de veras. Aunque pensemos de distinto modo, yo no vivo sin tí. Haces el sacrificio de venir á verme todos los días; te pa-

sas conmigo, que no soy nada divertida ni nada alegre, tardes enteras y muchas noches; y ¡vamos! sé estimar y agradecer.

AURINA.—¡Eh, eh, eh! ¡Incorregible! No estimates, no agradezcas, no tengas ley á nadie, no te fíes de tu sombral! Parece que conocemos á la gente... y ni de vista. ¡Ni de vista! Te lo aviso. De mí témelo todo: soy mujer, ¡y si vieras qué perros somos las mujeres y los hombres!

ROSALBA.—Haces alarde de mala y eres excelente.

AURINA.—No me injurías. ¡Buena! Llámame ya, para lo que te falta, fea y tonta. ¿Sabes lo único que no me gusta ser? Disimulada ni falsa; y así, te prevengo que te guardes de mí más que de los otros, porque si me quieres más estoy en condiciones de hacerte más daño.

ROSALBA.—Necesito creerte buena, creer bueno á alguien. ¡Dios mío! ¡Qué triste es dudar, Aurina! ¡Qué triste es sentirse sólo, pensar que nadie nos quiere! (Rosalba se acerca á su amiga y la pasa el brazo por el cuello.) Ya sabes que no llegué á conocer á mamá... Soy hija única... ¡Si tuviese una hermana, una hermanita menor, con quien comentar de noche los sucesos del día!

AURINA.—¿Y tu ínclito papá? ¿No te acompaña y te entretiene bastante? Es muy entretenido el buen señor.

ROSALBA.—¡Mi padre! (Pensativa.)

AURINA.—¿Qué tienes que decir de él? Tan peripuesto, tan amigo de divertirse...

ROSALBA.—Acaso por eso... no nos enten-

demos enteramente... en ciertas cuestiones...

AURINA (besándola).—Y conmigo ¿te entiendes?

ROSALBA (estremecida).—¡Qué helada tienes la boca, criatural

AURINA (riendo).—¡Es que mis dientes de nieve la enfrían! Bonito, ¿eh? Lo que digo es que me alegro, me alegro de que conmigo te entiendas. Pienso que estemos mucho tiempo juntas: digo, á no ser que te me cases.

ROSALBA.—O que te me cases tú, que será más probable: á ti te sobra gancho, y á mi no me dió Dios ni asomo de él.

AURINA.—Y si me caso, ¿qué razon hay para que no sigamos tan amiguitas?

ROSALBA (con sentimiento).—No sé. Todo lo que cambia la vida, cambia los afectos. Si te casas, el amor á tu marido te hará olvidar á la amiga. ¿Pues y los chicos?

AURINA.—¿Chicos? ¡A la Inclusa con ellos! Prefiero los niños cuando ya saben sonarse y abrillantarse las uñas. Una hija como tú, me ilusionaría. Que otras den á luz los chicos: yo me encargo de llevarlos al teatro... ¿No estás conforme? ¡Tontonal

ROSALBA.—No sé qué veo en tí... ¿Qué te pasa? ¿Has arreglado ya tu porvenir? Mucho te brillan los ojos. ¿Estás nerviosa? ¿Hay misterio? Abreme tu corazón.

AURINA.—Están forjando en Eibar la llave. Mi corazón tiene figura de cofrecito. He mandado que sea llave de esas á la inglesa, contra ganzúas.

ROSALBA.—Noviazgo seguro. Lo que te preguntaba: ¿el pelo?

AURINA.—Lo que te respondía: blanco; y se me olvidó añadir: teñido.

ROSALBA.—¿En serio?

AURINA.—En fúnebre.

ROSALBA.—Reflexiona, Aura. Es por toda la vida.

AURINA.—Claro. Por toda... la de él.

.....
Rosalba enmudece: silencio triste y reprobadador. Vuelve los ojos por no mirar á su amiga, y aparenta distraerse con el ruido que se oye en la antesala. Pasos algo pesados, craqueo recio de botas nuevas, anuncian que se acerca un hombre. La puerta se abre, y en el hueco aparece el papá de Rosalba, setentón atildado y retocado: su levita, gris hierro, última moda, acentúa la proeminencia de su vientre. En el ojal luce un clavel blanco, rodeado de ramillas de cilantro. Calza guantes de Suecia, y al moverse despide emanaciones de *ideal* (el perfume más caro de la casa Houbigant). Viene preocupado, y no saluda á Aurina.

.....
ROSALBA (mirándole como si le viese por primera vez).—Milagro, papá, que vengas á estas habitaciones.

AURINA (muy tranquila, dulcemente).—¡Milagro que un padre cariñoso entre á preguntar cómo lo pasa su niña!

ROSALBA.—Nunca acostumbra, y menos á estas horas...

AURINA. — Las buenas costumbres, si no existen hay que inventarlas. Tu papá vendrá, desde hoy, todas las tardes á enterarse de cómo lo pasas, y á prodigarnos su amable conversación...

ROSALBA (atónita).—Y tú, por qué dispones...?

AURINA (apacible).—Porque... porque. ¿Pero, no se atreve usted á entrar, se queda usted ahí? Pase usted: deseando estábamos su llegada.

ROSALBA (con súbita indignación, al oído de Aurina) —¿Esas tenemos? Voy á decirle...

AURINA (al oído de Rosalba).—Perderás el tiempo. No atenderá á nada que vaya contra su pasión. Puedes repetirle lo que hablábamos de pe á pa; te desmentiré, y me creará á mí. ¡Cuidado que eres bobaliconal

.....
(Mientras Rosalba, petrificada, sigue mirando de hito en hito á su padre y á Aurina, los dos se acercan y se arrinconan en la ventana, riendo y coqueteando. Rosalba, pasado un instante, agacha la cabeza, atraviesa la habitación, cruza una puertecilla, entra en su dormitorio y se echa de bruces sobre la almohada de la cama, sollozando.)

XXII

El tapiz

El viejo poeta dejó caer la fragante cartita de su desconocida admiradora lejana, indican-

do un gesto de melancolía. «Me pregunta si soy joven aún...» Y no sabiendo qué contestar á aquel fogoso himno, escribió con cansada mano, en estrofas, sin embargo, brillantes, la especie de apólogo que transformo en cuento.

.....
Fué en una tienda de anticuario parisiense donde encontró Rafael el tapiz persa y dió por él cuanto le pidieron: el resto de sus ahorros. Al pronto, no le preocupó más el tapiz que otros objetos de arte que poseía. Poco á poco, sin embargo, el tapiz se destacaba. Cuantos inteligentes lo veían, ó se deshacían en elogios, ó—actitud más significativa—afectaban frialdad y segura y, previos circunloquios de chalán y preguntaban, como al descuido, si no pensaba Rafael «cambiar el tapicito». Ante la negativa, venían las proposiciones insinuantes. «Vamos, hasta los dos mil me correría...» Una semana después, el de los dos mil llegaba con la cartera bien abultada de billetes. «¿No le tientan á usted los cinco mil? Cójame la palabra, que soy un encaprichado...» Y Rafael rehusaba; pero el tapiz, actuando ya sobre su fantasía, empezaba á ser base de la inconsciente labor con que creamos lo maravilloso.

A fin de averiguar en qué consistía el mérito de su tapiz, pensó que lo viese un eminente orientalista, explorador de Persia y la Bactriana. Y el orientalista, después de minucioso examen, abrazó á Rafael y exclamó extáticamente:

—¡Feliz mortal! Posee usted un objeto precioso. ¡Ya lo creo que se lo pagarían si usted